

Del baúl de los recuerdos

Vicente Cardoza López

Un día de agosto en el año de 1982 me encontraba sentado a las cinco de la tarde durante el primer día de clases en la Universidad. Esa mañana había estado impartiendo clases en mi escuela primaria rural. En aquel entonces el acceso al campus no estaba pavimentado y solo había tres edificios construidos. Aún sobrevivían algunas cortinas de árboles que se habían sembrado en el vivero, que era el anterior uso de suelo que ahora alberga a la máxima casa de estudios. Debo aclarar también que en 1982 se ofrecían carreras como Economía, Agronomía, Zootecnia, Biología Marina, Geología Marina y Pesquerías, pero realmente la licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública era la más cercana a mis intereses vocacionales relacionados con las letras. Para tal efecto, a partir de los siguientes veranos estudié en la Escuela Normal Superior del Estado la licenciatura en Educación Media en la especialidad de español y durante los fines de semana la licenciatura en Educación Básica en la Universidad Pedagógica Nacional.

Como resultado de lo anteriormente descrito, en el año de 1983 y con previa participación en la convocatoria respectiva, me hice acreedor al Premio Nacional de la Juventud que promovía en aquellos años el Instituto Nacional de la Juventud. Corría el sexenio

VCL. Profesor-investigador jubilado del Departamento Académico de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, vicecardoza@gmail.com

del Lic. Miguel de la Madrid Hurtado como presidente de la república y del maestro Jesús Reyes Heróles como secretario de Educación Pública. La preseña en mención la recibí por la distinción de trabajos académicos. Posteriormente me enteré de que la había obtenido dada la extraña composición en aquellos años de ser un profesor de escuela primaria rural que estudiaba tres licenciaturas y al mismo tiempo ofrecía conciertos de piano periódicamente. Dicho Premio Nacional de la Juventud lo recibí en la residencia oficial de Los Pinos, al igual que otros distinguidos jóvenes mexicanos.

Pero regresando a la descripción de mi incursión como estudiante en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS), resulta que desde un principio me llamó la atención lo siguiente: los profesores de administración pública eran varones y en ciencias políticas eran mujeres prácticamente en su totalidad, lo cual me impresionó al grado de relacionar el ejercicio del quehacer político y la práctica de la administración pública en el espacio académico con el género.

Debo admitir que la caracterización de la cultura académica que se empezaba a desarrollar en la Universidad desde aquel entonces se perfilaba a través de rasgos similares a los de cualquier otra institución de educación superior. Quizá el rasgo más representativo de la misma sea que esta institución es la universidad más pequeña, tanto en extensión territorial como en población estudiantil y de personal en todo el país. Solía escuchar en aquellos inicios de los años ochenta que la inspiración para orientar la identidad de la universidad sudcaliforniana era su vocación por el estudio del mar y del desierto, aderezado lo anterior con el estilo arquitectónico californiano y mediterráneo de sus arcos y colores claros que diseñó el arquitecto Tomás Balarezo Cota, primer rector de la institución. También es digno de escribir cómo fue posible sobrevivir en aquellas aulas de tamaño normal que albergaban en los inicios del curso a más de cincuenta estudiantes, con una temperatura cercana a los cuarenta grados centígrados y tomando clases de álgebra lineal y cuadrática. Y lo comento porque ya muy iniciado el siglo veintiuno todas las aulas en la Universidad campus La Paz tienen aire acondicionado,

cortinas y tecnologías de la información y la comunicación para fortalecer el aprendizaje, contexto que no supone como factibles las condiciones de los años ochenta para impartir las clases de manera pedagógicamente aceptable. ¡Cómo cambian los tiempos!, pero aun así sobrevivimos y obtuvimos el título respectivo.

A pesar de ello, y prácticamente a diez años de haberse fundado la Universidad, en aquel entonces aún tenía las referencias de la vida universitaria como la veíamos en algunas películas. Generalmente los estudiantes que cursábamos esta carrera vespertina trabajábamos por las mañanas para poder costear nuestros estudios, porque no deseábamos dejar pasar nuestra juventud sin aventurarnos en la vida universitaria que se nos ofrecía y sobre la cual se fincaban esperanzas de crecimiento y superación.

Concluí mis estudios universitarios en junio de 1986. Para entonces ya había cambiado mi adscripción de profesor de educación primaria a la ciudad de La Paz y además impartía clases de piano en la Escuela de Música. Como era soltero, aún en aquel entonces mis percepciones económicas satisfacían mis necesidades financieras poco ambiciosas y ayudaba a mis padres en la economía familiar. Fue a principios de 1987, es decir, seis meses después de haber egresado de las aulas, que fui llamado por la Universidad para integrarme al Grupo Técnico de la Comisión Estatal para la Planeación de la Educación Superior, en representación de la institución. Fue el 15 de enero de 1987 la fecha en que empecé a laborar en la sala de juntas de la Secretaría General, ya que no había un escritorio disponible para mí. No solo eso, tuve que traer mi máquina de escribir personal y mecánica para empezar a redactar el Programa Estatal Indicativo para el Desarrollo de la Educación Superior. Mi trabajo impresionó tanto al entonces secretario general de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, que fui invitado por él mismo a ocupar el puesto, acéfalo entonces, de secretario auxiliar de dicha dependencia universitaria, cargo que empecé a desempeñar el 15 de marzo de 1987. Después me percaté de que las competencias que más habían impresionado al secretario general eran mis destrezas para la redac-

ción y la producción de textos. Como secretario general, mi jefe era también el secretario del Consejo General Universitario.

Me enteré también de que en ese entonces había un rezago en la formulación de las actas del máximo órgano de gobierno universitario y se requería urgentemente de alguna persona que escuchara las grabaciones de las sesiones y redactara las actas y los acuerdos de las mismas. Esa fue la primera tarea que se me asignó. A partir de ese día estuve ocho horas diarias y durante varias semanas escuchando las grabaciones de las sesiones y redactando las actas en extenso, como se requerían en aquellos tiempos. La secretaria las capturaba de mis manuscritos y el secretario general las revisaba. Recuerdo que se tuvieron que mecanografiar varias veces. Recuerdo también que el secretario me decía que me entrevistara con los consejeros que habían promovido la obtención de determinados acuerdos para que estos se redactaran de conformidad con su intención. Eran tiempos difíciles. No era fácil obtener consensos y ejercer liderazgos apropiados para la complejidad de aquellos escenarios universitarios.

Se trata de la misma historia política interminable, sin conclusión perfecta en sus actividades de resolver problemas y conflictos colectivos. Pero no la historia de siempre. En efecto, ya no se trata sólo de un estado ocupado por directivos y burócratas. Ahora parece comenzar a llenarse de ciudadanos que no convierten todos sus problemas en problemas públicos y que en el dominio de éstos exigen racionalidad no discrecionalidad ni improvisación, eficiencia no prodigalidad, legalidad. Un estado de gente grande. (Aguilar Villanueva, *El estudio de las políticas públicas*, pág. 74).

Me es grato escribir que después de varias semanas de intenso trabajo finalmente el secretario general aprobó mi redacción de más de cincuenta páginas de actas y acuerdos rezagados del Consejo General Universitario. Recuerdo también que las impresiones de las mismas para cada uno de los consejeros fueron empastadas en la imprenta de la institución para ser sometidas a la consideración del Consejo General. Finalmente llegó el gran día de la sesión y fui pre-

sentado al Consejo como secretario auxiliar del mismo para a partir de entonces tomar nota de la minuta y los acuerdos de las reuniones y de ese modo facilitar en lo sucesivo la formulación de las actas. Cuando llegó el abordaje del punto de la aprobación de las actas y los acuerdos, mi sorpresa fue mayúscula al advertir que las actas y los acuerdos que había formulado en varias semanas se aprobaron en su totalidad sin observación alguna. El secretario general en ese momento puso un cien de calificación en la impresión de las actas que tenía conmigo como si fuera la calificación de un trabajo escolar: en ese momento realmente me sentí por primera vez un verdadero trabajador universitario.

En esencia, brindar apoyo logístico a la dinámica del Consejo General Universitario fue mi misión fundamental durante los dos años siguientes que estuve al frente de ese puesto. Tuve la oportunidad en este periodo de generar la disponibilidad para formular mi tesis de licenciatura en mis ratos libres, es decir, cuando el secretario salía a alguna comisión o representación del rector.

En mi escritorio de la Secretaría Auxiliar de la Secretaría General, que en aquel tiempo no tenía cortina y por las tardes veía los atardeceres más bellos de los que tengo memoria, redacté mi tesis de licenciatura titulada *Los agentes de la política cultural del Estado mexicano*. La formulación de ese documento obedecía a combinar el perfil profesional de la licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública con mi vocación natural hacia la docencia y la difusión cultural de las bellas artes. Desde aquel entonces me quedaba claro que el gobierno, en sus diferentes niveles, constituía el verdadero mecenas de las disciplinas artísticas a través de la Secretaría de Educación Pública. En septiembre de 1987 presenté mi examen profesional en el Auditorio de Ciencias Sociales. Hasta el rector acudió a mi examen profesional. Fui de los primeros egresados titulados del programa educativo que estudié.

Recién obtenido el título de licenciatura pensé inmediatamente en estudiar una maestría. Para ese entonces ya había bosquejado la idea de incorporarme como profesor-investigador en la Universidad, pero requería mínimamente el grado de maestro para tal efecto. Me

di a la tarea de inmediato de explorar en diferentes universidades del país programas de posgrado congruentes con el perfil de la licenciatura que había estudiado. Finalmente, apliqué y fui aceptado en el programa de maestría en Administración General de la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), campus Tijuana.

Cabe destacar que, para ese entonces, adicionalmente al ejercicio de mi puesto en la Secretaría Auxiliar, me desempeñaba también como profesor de actividades culturales y artísticas en escuelas primarias de la localidad, tarea que me permitía realizar mis funciones en la Universidad. Además, continuaba aún como profesor de piano en la Escuela de Música de La Paz. En suma, durante los dos años siguientes el trabajo fue extenuante, mismo que me permitió ahorrar lo suficiente para emprender con recursos propios mis estudios de maestría en la ciudad de Tijuana, BC. Fue en marzo de 1989, exactamente dos años después de haber tomado posesión en mi puesto, que pedí permiso al rector para ausentarme y cursar mi maestría en Tijuana, ya que en ese entonces no se ofrecían estudios de posgrado en Ciencias Sociales en Baja California Sur. A partir de ese momento y durante los dos años y medio posteriores, radiqué en la frontera cursando mi posgrado en turno vespertino (sin beca alguna y solo con mis ahorros personales) y felizmente tuve la oportunidad, casi a mi llegada a la Universidad Autónoma de Baja California, de reclutarme en el puesto vacante de encargado de Acreditación y Equivalencias en el Departamento de Servicios Escolares del Campus Tijuana de la UABC, evento muy afortunado porque, como anoté anteriormente, yo me había ido a Tijuana tan solo con mis ahorros que había logrado acumular durante los dos años que había trabajado en la UABCS.

Radiqué en la ciudad de Tijuana, Baja California de marzo de 1989 a agosto de 1991. Este periodo fue muy fructífero, primeramente porque obtuve mi grado de Maestro en Administración General en un posgrado que cumplía con mis expectativas previamente formuladas. Por otro lado, mi trabajo en el Departamento de Servicios Escolares, donde al poco tiempo fui ascendido a coordinador

de Control Escolar, me permitió capacitarme en la naturaleza de la gestión académica, que más adelante habría de poner en práctica ampliamente en mi retorno a la universidad sudcaliforniana. Adicionalmente, en mis ratos libres continué mis estudios de piano en el Departamento de Difusión Cultural de la UABC, campus Tijuana, donde incluso ofrecí varios conciertos de piano de grata memoria. Cabe destacar también que fui el primer egresado de dicha maestría. Posterior a ello, y al finalizar el examen de grado, el director de la facultad me ofreció de inmediato una plaza de profesor-investigador de tiempo completo en el campus Tijuana, mismo que agradecí, ya que unos días antes había aceptado hacerme cargo de la Dirección de Servicios Escolares en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, esto es, en el mes de agosto de 1991.

Como mencioné anteriormente, mi aspiración en la Universidad era incorporarme como profesor de tiempo completo en la institución sudcaliforniana, sin embargo, acepté la dirección que se me ofrecía para hacer los méritos necesarios para tal efecto. Fungí como director de Servicios Escolares en la UABCS durante dos años, de agosto de 1991 a octubre de 1993. Durante esos dos años promoví la sistematización de los procesos de control escolar, recuperando la experiencia adquirida en Tijuana y sentando con ello la plataforma para el proceso expansivo de la universidad sudcaliforniana que se avecinaba. Como director de Servicios Escolares me tocó poner en operación el primer posgrado en la UABCS, que fue el programa de Maestría en Ciencias en Acuicultura, así como la Licenciatura en Derecho y la Licenciatura en Humanidades.

En octubre de 1993 fui propuesto por el entonces rector para ocupar una plaza de profesor-investigador de tiempo completo interino adscrito al entonces Departamento de Ciencias Políticas y Administración Pública, en el Área de Conocimiento de Administración Pública, dado el perfil que había construido en la maestría en Tijuana. En ese entonces me desempeñaba paralelamente como asesor en la Secretaría de Desarrollo y Fomento Económico del Gobierno del Estado de Baja California Sur, puesto donde obtuve la experiencia necesaria en materia de gestión gubernamental para

impartir las asignaturas de administración y políticas públicas en la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública. Dentro de las primeras acciones en las que me tocó participar como profesor-investigador destaca la primera revisión del plan de estudios de dicha licenciatura, así como la participación en el diseño del programa de Maestría en Políticas Públicas y Administración, posgrado que me tocó coordinar durante los doce años siguientes, es decir, del año 2000 al año 2012.

Durante ese último periodo de mi desempeño como profesor-investigador en la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, los diferentes jefes de departamento en turno me asignaron como carga académica los talleres de investigación de la mencionada licenciatura. La mística que me inspiró para desarrollar dichos talleres fue promover la titulación de los egresados, dados los bajos niveles de eficiencia terminal existentes en aquel entonces. Así, a partir de 1993 y hasta el año 2012, una de las acciones más significativas que recuerdo de esta fructífera época, fue haber logrado la titulación de centenares de egresados de este programa educativo a través de la dirección de tesis sencillas que recuperaban tanto el marco teórico desarrollado en las diferentes asignaturas cursadas, como la experiencia profesional generada durante la prestación del servicio social o su desempeño en alguna dependencia gubernamental.

En el año 2000 y con previa formulación del documento respectivo por un colectivo de profesores del Departamento Académico de Ciencias Políticas y Administración Pública, fue aprobado por el H. Consejo General Universitario el programa de Maestría en Políticas Públicas y Administración. Enseguida fui nombrado responsable de la operación de dicho posgrado por parte del entonces jefe de Departamento, con la encomienda de convocar a la brevedad a un proceso de selección de aspirantes a dicho posgrado. Fui responsable del programa de Maestría en Políticas Públicas y Administración del año 2000 al año 2012. Durante este tiempo egresaron de la maestría decenas de estudiantes que de inmediato se incorporaron a trabajar en diversas dependencias públicas de los tres niveles de gobierno.

Lo anterior representó un evento muy significativo para la Universidad, dado que la inmensa mayoría de los egresados de este posgrado obtuvieron en tiempo y forma su grado académico respectivo, lo que incluso les permitió a algunos de ellos incorporarse como profesores-investigadores de tiempo completo en el Departamento de Ciencias Políticas y Administración Pública.



Credencial del estudiante fundador de la Universidad. Edgar Santiago Amador Silva, egresado de la carrera de Biólogo marino (1976-1980)